

PAGINA DE PROTESTA

LAS CUEVAS DE "EL CERRO DEL MORO"

UN CASO DE MISERIA Y CHAVOLISMO CON SUS POSIBLES SOLUCIONES

Escribe: Teodoro S. MIGALLON

«Si un hermano o una hermana están desnudos —dice Santiago—, si les falta el alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dice: "Andad en paz, calentaos, saciaos", sin darles lo necesario para su cuerpo, ¿para qué les sirve eso?

Hoy en día nadie puede ya ignorarlo; en continentes enteros son innumerables los hombres y mujeres torturados por el hambre; son innumerables los niños subalimentados, hasta tal punto que un buen número de ellos muere en la tierna edad; el crecimiento físico y el desarrollo mental de muchos otros se ve con ello comprometido y enteras regiones se ven así condenadas al más triste desaliento.»

(Enc. «Populorum Progressio», Parte II, Ap. 1).

Manzanares, nuestro pueblo, es un pueblo hermoso, el más hermoso de todos los pueblos. Alguien le ha llamado «la capitalicia Manzanares». Sus calles son anchas, rectas y bien adoquinadas; sus plazas y parques son alegres y soleados; su ambiente es sano y acogedor. ¡Cuántos forasteros nos honran con su presencia, se avecinan, hacen fortuna y se quedan a vivir para siempre con nosotros!

¡Cuántas veces nos hemos deleitado en cuerpo y espíritu recorriéndolo, viendo sus mejoras y su progreso! ¡Cuántas veces hemos cruzado sus alrededores paseando por las carreteras que lo atraviesan o lo circundan, tomando unas cañas en Seven, viendo las obras de nuestro polígono o descubriendo los nuevos chalets de la carretera de Andalucía!

Pero, sin embargo, junto a ese desarrollo y ese bienestar que disfruta Manzanares y que nos ha traído nuestra época de viajes espaciales, de descubrimientos bioquímicos que casi ponen la vida en nuestras manos, del conocimiento de la antimateria, etc., en nuestros agradables paseos, en medio de la fértil vega del río Azuer, lindando con las huertas que llenan todos los días de productos hortícolas nuestro mercado, dando vista a frondosas alamedas y a nuestra hermosa Plaza de Toros, a la espalda de los chalets donde nuestras gentes pueden vivir el descanso y la comodidad que la vida les regala y a algo más de un kilómetro de distancia de nuestro casco urbano, hemos descubierto un foco de atraso social, perversión moral e inmoralidad pública, que nuestra so-

ciudad no puede consentir: LAS CUEVAS DE «EL CERRO DEL MORO».

Su vista me ha hecho recordar muchos paisajes marroquíes. Esa vegetación de unos árboles y algunos arbustos que crecen entre las peñas que forman el montículo de «El Cerro del Moro», la entrada a esas grutas de miseria e inmoralidad que tapan cuatro sacos rotos y andrajosos, esos niños que pululan por entre sus vertederos y esos hombres y mujeres que se lanzan todos los días a la aventura de la vida mendigando su triste existencia, repito me han hecho recordar muchos paisajes de las kabilas que nacen en las faldas de las montañas del Atlas, de cuyas grutas y agujeros salen y salen hombres harapientos, mujeres mugrosas y niños escualidos, que piden un mendrugo de pan para saciar su hambre milenaria o rastran su miseria por entre los pedruscos apacentando rebaños de cuatro cabras esqueléticas cuya leche produce más enfermedades que salud.

Por ese parecido quizá alguien les pusiera ese nombre y quizá también alguna leyenda de nuestros tiempos de tierras fronterizas con la morisma se esconda entre sus piedras.

Todo este conjunto me ha hecho reflexionar y hasta no me ha dejado dormir volviendo a releer los párrafos de la «Populorum Progressio» que al principio inserto.

Manzanares, nuestra sociedad, no puede consentir que un foco de esta clase exista a unos cientos de metros de nuestros hogares que seis familias, quince o veinte personas con niños de dieciséis años y hasta cuatro pequeños, sin trabajo, sin protección de clase alguna, existiendo sólo de la caridad que les facilitan nuestras calles y las de la generosa Membrilla y de algunos envíos de Caritas, se arrastren a las puertas de nuestros bares, de nuestros cines, de nuestros bailes, llenos de gentes que viven las comodidades y alegrías de nuestro tiempo.

Manzanares, con una salud moral y espiritual bastante buena, no puede consentir que a unos cientos de metros de su casco urbano exista este foco de perversión e inmoralidad donde son explotados los menores de edad exigiéndoles vuelvan a la noche con una cantidad determinada de dinero o por el contrario les espera la paliza consiguiente; donde las muchachas son lanzadas al fango por los propios padres, explotando su cuerpo y su sexo; donde los mayores mantienen uniones ilegítimas entre ellos, negándose en alguno